

EL HOMBRE, EL MAESTRO Y EL POETA

EN

JOSÉ M.^a GABRIEL Y GALÁN

POR

D. CECILIO RODRÍGUEZ Y RIVERO

CONFERENCIA DEL AUTOR

EL DÍA 28 DE FEBRERO DE 1928

EN LA ASOCIACIÓN PROVINCIAL DEL MAGISTERIO

CÓRDOBA



Universidad de Córdoba



•900040018•

CÓRDOBA

IMPRENTA Y PAPELERÍA «LA PURITANA»

Plaza de Cánovas, núm. 13

R-7809
b-11736021
i-12688976

AL SEÑOR EL MAESTRO Y EL POETA

JOSE M. GABRIEL Y GALAN

A D. Cecilio Rodríguez Rivero

La Asociación, agradecida

EL DIA 25 DE FEBRERO DE 1922

EN LA ASOCIACION PROVINCIAL DEL MAGISTERIO

CORDOBA

CORREDA

Número de la obra

7809

Estante número

Tabla número

Número

I

EXCMO. SR.: SRAS.: SRES.: COMPAÑEROS Y AMIGOS:

Sean mis primeras palabras, expresión viva y testimonio fehaciente de la gratitud que inunda mi espíritu, por la distinción con que me honra tan selecto auditorio al venir a escucharme; por los agasajos recibidos de la Asociación del Magisterio Cordobés; por las atenciones recibidas de todos los presentes, y, en especial, del culto letrado y elocuente orador, mi respetable y muy querido amigo, Excmo. Sr. D. Manuel Enriquez Barrios.

Con toda mi alma y más, agradezco tan inmerecidas atenciones; pero he de declarar paladinamente que lamento dos cosas: primera, que las esperanzas que aquí os han traído van a quedar defraudadas; y segunda, el error de apreciación en que ha incurrido una clarísima inteligencia puesta al servicio de un generoso corazón, al ver en mí tal conjunto de buenas cualidades. No es exacto como dijo el inimitable D. Ramón de Campoamor, por la fuerza del consonante o por la ley del ritmo, que: en este mundo traidor

nada es verdad ni mentira;

todo es según el color

del cristal con que se mira;

mas sí lo es que, cuando miramos a través de un vidrio coloreado, todos los objetos los vemos bañados del mismo color; no lo son, pero lo parecen. La *gran amistad* con que me honra

D. Manuel Enríquez, ha sido el *vidrio* de color a través del cual me vió. Yo siento mucho no ser ciertamente como le parecí, y exclamo con el poeta: ¡Lástima que no sea verdad tanta belleza!

Jamás salió en público la humilde palabra de mis labios, con la complacencia y satisfacción que experimento en estos instantes. Y no necesito expresar las múltiples razones causa de este hecho, porque están patentes a la mayoría de los que me escuchan, honrándome con su atención y benevolencia. Radican todas en el mundo de mis recuerdos, que es el mundo de que vivimos los que hemos remontado las cumbres de la vida.

En este mismo recinto, y durante más de un *lustro*, resonaron las palabras con que procuraba dar mis bien intencionadas, aunque pobres, lecciones de clase. Aquí intenté enseñar a mis alumnos prácticamente la obediencia, cumpliendo estrictamente mis deberes; inculcarles el amor al trabajo, trabajando constantemente en su provecho, e infundirles alientos para conquistar honrosos puestos en el Magisterio, desde los cuales pudiesen contribuir positiva y eficazmente al engrandecimiento y mejora de la cultura nacional.

Mas antes de pasar adelante, he de dedicar un piadoso recuerdo a todos aquellos bondadosos compañeros, que conmigo compartieron las tareas y rindieron la jornada: al gran patriota D. Juan Pulgar Alonso; al bondadoso D. José Moya Córdoba; al competentísimo D. Eugenio Casado Mesa y al asiduo D. Enrique Molina Borrego. ¡Que brille para sus almas la luz eterna! ya que ellos procuraron difundir las luces del saber, cumpliendo el lema que campea en el escudo puesto a la puerta de esta Casa.

Envío también el más afectuoso saludo a los que aun viven y a todos los que laboran en este Centro, en pro de la cultura patria y del progreso nacional.

Cumplidos estos corteses deberes, continúo.

Que nuestros alumnos fueron buenos y siguieron nuestros consejos y se aprovecharon de las lecciones, lo proclaman muy alto los discípulos salidos de esta Escuela, que escalaron

en gran número puestos preeminentes al servicio de la enseñanza del Estado, y cuyos nombres no cito, porque están en vuestra memoria y yo podría incurrir en alguna involuntaria y dolorosa omisión. Pero conste que sus triunfos constituyen nuestro galardón máspreciado.

Desde que dolorosas circunstancias familiares me obligaron a renunciar la Dirección y la Cátedra, transcurrieron muchos años—cerca de 20—de mi ausencia de este antiguo y querido hogar; y cuando podía darse por borrado hasta el recuerdo de mi paso por él, discípulos *buenos* en todas las acepciones de la palabra *bondad*, se acuerdan de su viejo Maestro y, para más obligarle, van a visitarle personalmente y a rogarle que vuelva a esta casa para dar una de las conferencias, del Cursillo organizado por los Maestros Cordobeses. Y aquí estoy, contento, entre los que fueron mis amadísimos alumnos, hoy compañeros y amigos, no para pronunciar la conferencia pedida, que mis muchas ocupaciones me impidieron preparar; pero sí para hablaros de *cosas nuestras*, de *cosas bellas*, que aun cuando os sean conocidas, yo quiero repetiros, seguro de haceros sentir, y de deleitaros gratamente unos minutos.

Y tengo esta presunción, no por *inmodestia de viejo*, sino por que, así que advierta que mi pesada prosa hace aparecer en vuestros rostros la señal de la fatiga, y en vuestros ojos, la del cansancio, cederé el uso de la palabra al malogrado compañero José M.^a Gabriel y Galán, primer Maestro de Escuela Nacional que se va justamente inmortalizado en mármoles y bronces; y él, con la magia poderosa de su estilo, hará latir vuestros corazones al unísono y, terminado mi monólogo, sentiréis la verdadera elocuencia, al ver compenetrado vuestro espíritu con el del altísimo poeta y con el de éste su entusiasta admirador, que procura interpretar y expresar bellamente los pensamientos y los afectos de Gabriel y Galán. De él quiero hablaros: del hombre, del Maestro y del poeta; aspectos grandemente atrayentes, inspiradores de la simpatía y del amor.

II

Casi todos los que me escuchan conocen la breve vida de Gabriel y Galán. Nacido el 1870 en Frades de la Sierra (Salamanca), estudia con ejemplar aprovechamiento la carrera en la Normal de su provincia, y muy joven, casi un niño, termina a los 17 años. Gana por oposición la escuela de *Guijuelo*, cerca de Alba de Tormes; y, después de cuatro años, para ascender desde 825 a 1.100 pesetas, vuelve a hacer oposiciones y obtiene la escuela de Piedrahita (Ávila), que regenta otros cuatro años, y renuncia al contraer matrimonio con una extremeña, *porque sus aficiones todas estaban en el campo; y en él vivió consagrado al cultivo de las tierras, al cuidado de los suyos y a escribir coplas que sienten, admiran, aprenden y cantan extremeños y castellanos, que le veneran y le miman*, y hermosísimas composiciones que le hacen merecer los primeros premios en los Certámenes y Juegos florales a que concurre.

En Guijo de Granadilla, apartado rincón extremeño vivía Gabriel y Galán, casi ignorado y desconocido, por la *conjura del silencio* que tramó la gran prensa contra el religiosísimo poeta, cuando el P. Cámara, sabio y piadoso Obispo de Salamanca, Presidente de unos Juegos florales a los que concurrió Gabriel y Galán, *con la Poesía «El Ama»*, que mereció la flor natural, lleno de amoroso entusiasmo, le pidió permiso para publicar en un tomito «El Ama» y otras dos composiciones que habían visto la luz en la Basílica Teresiana. Gabriel y Galán contestó por telégrafo: *Eso y todo lo que yo tengo, es de mi Obispo*. Y el P. Cámara publicó el tomito, haciendo justicia a los merecimientos y dando a conocer al cantor de Castilla.

Aun recuerdo la impresión que en 1903, me produjo, hallándome en Cáceres transitoriamente, la lectura de los elogios del sabio Obispo y la que hice de «El Ama» con los ojos preñados de lágrimas..... Felicité al Poeta; me contestó; nos volvimos a escribir, y guardo como reliquias sus cariñosas cartas.

Dos años después tuve aquí dolorosa noticia de su temprana muerte. Tenía 34 años cuando pagó su tributo, llenando de consternación a sus numerosos amigos y admiradores. Piadosamente pensando, recibiría el premio de sus preclaras virtudes.

III

EL HOMBRE

Aunque en Gabriel y Galán, están íntimamente compenetrados el hombre, el Maestro y el poeta, y son realmente inseparables, yo deseo presentaros con alguna separación estas varias y ricas facetas o aspectos de su personalidad relevante.

Este *andante caballero de la fé* era, como el otro prototipo de caballeros andantes, seco de carnes, avellanado de miembros, gran madrugador y amigo de la caza, de talla mediana, ágil y activo, de temperamento nervioso, más no de complexión robusta. Su faz de trazos regulares y finos, su boca de labios delgados, su nariz aguileña, sus ojos grandes y escudriñadores y su ancha y despejada frente daban al rostro un aire de majestad y de grandeza, de afabilidad y simpatía que atraían y subyugaban.

Pero mucho más cautivaba a cuantos le trataban de cerca y conocían aquella alma que atesoraba «*la feliz compañía—de la fé, del amor y del trabajo,—las tres que el alma mía—virtudes altas a la vida trajo*», y *aquel corazón hermoso*, del cual dijo el Poeta: «*Porque el Dios que me dió riquezas tantas—dióme con ellas el mayor tesoro—que recibí de su divina mano: un corazón de oro—que de todos los hombres me hace hermano.*» Atraían, igualmente, aquella privilegiada inteligencia enamorada de la verdad que rechaza a la *Forma embustera* diciendo: «No vuelvas a mi casa; está cerrada—y en ella encarcelada—tu enemiga mortal, la verdad ruda—que no sale a la calle porque nadie le quiere ver desnuda»; y aquella voluntad esclava del bien, con que practica el verdadero orden en el amor y derrama el que le inundan las entrañas que «Dios le hizo de fuego», en

favor de las criaturas todas que le rodean, bajo el cuidado amoroso de la Providencia.

Prototipo del varón justo, no le basta vivir honestamente, no hacer daño a otro y dar a cada uno lo suyo. Al abandonar la ciudad por el campo dice que *va dispuesto a anudar el hilo—roto en mal hora del vivir tranquilo.—Y vuelvo a vuestro lado—porque todo lo bueno que he aprendido,—vuestro grave vivir me lo ha enseñado.—Yo traigo en cambio el corazón henchido—de anhelos puros, de doctrinas buenas,—y de costumbres santas,—y vengo hasta vosotros decidido—a derramar el bien a manos llenas.—Para tí mi sudor, hacienda mía,—para tí mis cantares, Patria hermosa;—para vosotros sangre de mis venas,—hijos amantes y adorable esposa;—para los hombres cuyas rudas manos—colman mi casa de riquezas tantas,—pan abundante con doctrinas santas—y el nombre sabrosísimo de hermano;—para el mal que a la lucha me provoca,—los de luchar inacabables modos;—para el Dios del amor, mi fé de roca—y el amor de mi alma para todos. ¡Es todo un plan de vida! que cumplió al pie de la letra Gabriel y Galán.*

Convendréis conmigo en que no exagero si os digo que Gabriel y Galán es modelo de caballeros cristianos españoles: Caballero que siente en toda su intensidad y pureza y expresa en toda su hondura el amor de su dama, en «*Castellana*» y «*Mi Montaraza*», y lo pinta delicadamente en «*Un Don Juan*», y en «*Del Viejo el Consejo*», etc. Caballero paladín de toda causa justa y defensor de los humildes se muestra en *La Jurdana*, *Mi Vaquerillo*, *Canto al Trabajo*, etc. Caballero cristiano en casi todas sus composiciones, viviente *expresión de la fé noble y sencilla*, y especialmente en el *Arrullo del Atlántico*, *Ciegos*, *Fé*, etc.

Con su ejemplo y su palabra muestra tal perfección que llega a conseguir el imposible de *ser profeta en su tierra*. El hombre es en Gabriel y Galán como el gañan que pinta: *ese es un hijo de la patria mía;—el que Natura para el Cielo cría,—el que entero en la vida se derrama—porque a vivirla generoso viene;—trabaja, reza y ama—Dios no le pide más; da lo que tiene.* Y como eso fué Gabriel y Galán, los del Guijo le declaran hi-

jo adoptivo, porque ejerce entre ellos un hermoso apostolado, procurando la paz y el bienestar de todos y viviendo de manera que no tenga entre ellos ni un solo enemigo.

Su espíritu verdaderamente franciscano lo ama todo, pero ama sobre todo *su hogar*, «*que es el cielo de la tierra*», y «el que no está en su hogar no está en su puesto»; ama a su esposa «*una sencilla labradora* humilde,—hija de oscura castellana aldea,—una mujer trabajadora, honrada—cristiana, amable, carifiosa y seria—*trocó mi casa en adorable idilio—que no puede soñar ningún poeta; ama a su Montaraza.*» *Prudente para pensar, sencilla para sentir, recatada para amar, discreta para callar y honesta para decir*; ama a sus hijos, con el amor intenso que se descubre en el «*Cristu Benditu*»; ama a su madre con veneración suma, (la mujer pintada en el «*Ama*» es por sus virtudes fiel trasunto de la Perfecta Casada de Fr. Luis de León); y ama tanto a su padre que falleció por la pena que le produjo esta muerte, como lo expresa en la Canción, última poesía escrita por el poeta, diciendo: «Con solo llorar mi suerte,—con solo dejar abierta—de tal herida le presta,—muriera de triste muerte.—Mas hijo yo del Dios fuerte—me he resignado a vivir,—y voy dejándome ir—por el polvo de la senda,—caminando a media rienda—por el campo del sentir». Pero se equivocaba grandemente: caminaba con carrera loca y desenfrenada hacia la muerte que parece presentir, y contra la cual se revela en la última estrofa que escribió, y dice así: «¡Quiero vivir! A Dios voy—y a Dios no se va muriendo.—Se va al oriente subiendo—por la breve noche de hoy.—De luz y de sombra soy—y quiero darme a las dos.—Quiero dejar de mí en pos—robusta y santa semilla—de esto que tengo de arcilla,—de esto que tengo de Dios.»

Vivió bien y murió mejor, porque aprendió y proclamó que «*morirse en el vivir honrado—es el secreto del morir tranquilo*». Sus paisanos, considerando los restos *del hombre bueno* como un preciado tesoro, y temerosos de que fuesen a quitárselos para darles más honrosa sepultura, establecieron guardas en el sepulcro de Gabriel y Galán, dispuestos a no dejárselos arrebatar. ¡Este fué el hombre!

IV

EL MAESTRO

En los ocho años que Gabriel y Galán pasó al frente de sus escuelas, cumplió bien y fielmente sus deberes de educador y de Maestro. Todo amor para los niños, sabía atraerlos y modelar sus almas a imagen y semejanza de la suya propia.

Al renunciar la escuela de Piedrahita, no renunció al Magisterio, que ejerció por modo más trascendental: el pueblo del Guijo de Granadilla, las campiñas de las Sierras de Gata, Peña de Francia y Trassierra, todo Castilla y Extremadura, toda España y toda la América española, fueron teatro de las lecciones en que proclama, con los más bellos acentos, las verdades fundamentales acerca de Dios, del hombre y de la Naturaleza y de sus relaciones mutuas; religioso y filósofo, propaga las más altas verdades y los sentimientos más humanos; y ejerciendo de verdadero vate y adivinó enseña en hermosísimas composiciones, reglas y máximas de fé, de bondad, de honradez, de justicia, de virtud y amor que muestran las reglas del buen vivir y desarrollan, elevan, perfeccionan y *educan, en fin*, a sus numerosos lectores y admiradores.

Porque Gabriel y Galán, artista de corazón, no es partidario de esa *estéril teoría del arte por el arte*. Por eso exclama: *Sensible corazón que ahora palpitas—al fuego del amor que ya te quema;—¿Para qué pude yo necesitarte—donde el cerebro fabricaba el arte—y estudiaba el amor como un problema?* No son sus composiciones pláticas morales, homilias y sermones ni noñas y sosas lecciones de moral a todo trapo; pero convencido de que el artista *no ha de contentarse con hacer vibrar las fibras más sensibles*, deleitar con la emoción pura y desinteresada de su arte, placer que no puede ser fin, sino medio, busca al *comunicarse*, elevar, dignificar, perfeccionar, *educar*, en suma, llevando al hombre atraído por la belleza hasta la fuente misma de la Belleza, hasta Dios. Por eso con gran energía proclama

el deber de todos los artistas, de todos los sabios, de todos los grandes, de todos los hermanos mayores de la humanidad, diciendo: Almas grandes, almas sabias,—almas fuertes, almas buenas,—nos debéis a las humildes,—nos debéis a las pequeñas,—la limosna del ejemplo,—que es la deuda más sagrada de las deudas. El pagó generosamente esta deuda; prodigando ejemplos y enseñanzas.

Si queréis un resumen de su sistema educativo, os diré que para Gabriel y Galán sólo es educación la que aproxima al Criador, mejorando, superando y elevando; la que se basa en la Religión y en la Moral Católicas; tales son las características de su Pedagogía, sencilla y noblemente expresadas en su composición titulada: «Sólo para mi lugar», en la que brillan más el educador y el Maestro que el Poeta. Allí tenéis bellamente expuestos, la importancia y necesidad de la educación; el decisivo influjo del ejemplo de los padres; su deber de educar; la necesidad de que la educación sea religiosa; el soberano influjo de las madres y los resultados de la buena y de la mala educación. Pero contad si podéis, el número de los que leyendo a Gabriel y Galán, se habrán sentido, más hombres, más fuertes, más buenos, y sólo así podréis aquilatar los merecimientos de Gabriel y Galán como Maestro y educador. Estoy entre Maestros y no resisto a la tentación de leer sus sencillas enseñanzas. (Lectura del tomo 2.º página 294 y siguientes).

V

EL POETA

Sobre el hombre y sobre el Maestro, predomina en Gabriel y Galán el Poeta, el cantor, el vate, el adivino.

Desde la más tierna edad da Gabriel y Galán muestras de sus admirables condiciones de versificador. Su Maestro, que descubre la afición del niño a la Poesía, le da a copiar versos de poetas castellanos, como Fr. Luis de León y Mira de Amescua. Y el niño cambiaba los consonantes de las composiciones

copiadas con tanta habilidad, que a veces, ni su propio Maestro advertía el cambio.

Su maestría de versificador adquirió tal desarrollo, que largas tiradas de *doscientos y más sonoros versos* de los que forman sus hermosas composiciones están escritas sobre el arzón de la silla vaquera de su caballo y *sin que tuviera que hacer una sola enmienda*.

Pero Gabriel y Galán era más, mucho más que fecundo, fácil y habilísimo versificador. *Tengo en el corazón fragua de amores—tengo en la frente fragua de ideales*, exclama. Y caldeados en estas fraguas el talento y la clarísima intuición del vate que *nunca rima un cantar si no se lo pide amor*, adivina las bellezas de los más *variados y ricos asuntos* y el *metro más adecuado* para cada uno. *Su depurado gusto estético, su dignidad y elevación artísticas* son complemento de su *inspiración*, a veces soberana, con que descubre «los sueños divinos—que duermen los genios,—los que ven llamaradas de gloria por hermosos resquicios del cielo,» engalanada con la dicción castiza, abundante y llena de elegancias y modos de bien decir, en que abundan trasposiciones, amplificaciones y epítetos bellísimos y originales. Transposiciones como estas: Y la de alegres recitales dulces tropo gentil, etc.; la alondra mañanera desgranara en el aire el de sus trinos hilo copioso de sonantes perlas; Bendita, ¡Oh Patria! seas, que me has dado—uno en tu seno bienhechor asilo, etc. Amplificaciones como la de... Y cantaba también aquellos campos,—los de las pardas onduladas cuestras,—los de los mares de enceradas mieses,—los de las mudas perspectivas serias,—los de las castas soledades hondas,—los de las grises lontananzas muertas, etc.

Era gran maestro en el empleo de los adjetivos que por lo bien que se acomodan a la esencia de los sustantivos, se convierten en verdaderos epítetos, como los de la siguiente estrofa: «La vida era solemne; puro y sereno el pensamiento era;—sosegado el sentir como las brisas,—mudo y fuerte, el amor, mansas, las penas,—austeros, los placeres,—raigadas, las creencias,—sabroso, el pan, reparador, el sueño,—fácil el bien y pura la conciencia.» Probad a sustituirlos por otros de igual fuerza expresiva y veréis qué difícil es.

Pero sobre todo destaca en el Poeta una sensibilidad exquisita, sólo comparable con la de las *arpas éólicas*. La infinita gama de matices de las sensaciones y sentimientos que tienen en vibración constante su alma y su corazón, fuentes inagotables de amor hacia todo y hacia todos, pero especialmente al Criador y a los humildes y desvalidos, expresada bellamente en sus versos, da carácter a la *jugosa poesía—de este rico soñar del alma mía,—de este vivir en el hogar templado,—de este cantar en la alameda obscura,—de este dormir en el regazo amado—de la conciencia pura—que arrulla el sueño del varón honrado....* Sus sentidos siempre abiertos lo perciben todo: *naturales armonías,—populares canturías,—ya os lo dije: vuestros ruidos,—vuestros ecos repetidos—en ritornelo hablador—son el pan de mi deseo,—son el arte que yo creo,—¡son mi música mejor!... Y estima tanto el Poeta la facultad de cantar que termina así su hermoso canto «A la Montaña»: Y en fin, mole dormida — aunque sintieras como yo la vida—me envidiarás sin duda,— porque yo sé cantar y tú eres muda.*

También lo revela con esta graciosa hipérbole en el Poema del Gañan cuando exclama: *Señor si tus enojos — haces caer sobre miseria tanta—como asfige a cualquiera de tus hijos,— ponle llanto en los ojos,—ponle abrojos debajo de la planta— ponle arrugas y canas en la frente;—pero déjale voz en la garganta,— «porque bien sabes tú, Dios providente,— que no puede vivir el que no canta.»*

Esta exquisita sensibilidad que le hace escucharlo todo con avaro oído, le regala con el *decir copioso del agua del regatuelo; con el crujir dormilón de las coyundas—que el yugo pulimentan; con los silbidos cariñosos, nombres de bueyes que en besana entran; golpes secos de mazos y de azuelas; le entusiasman: la alondra mañanera, que desgrana en el aire el de sus trinos hilo copioso de sonantes perlas, y sigue derritiéndose en gorgoros, musical filigrana de su lengua; la gaita del pastor que en la colina lloraba las tonadas de la tierra.... y dentro del sentido caían las cadencias—como doradas gotas de dulce miel que del panal fluyeran; las dulces recaídas de la tonada de arar; en fin, todos los ruidos y sonidos, hasta el cantar dormilón de la chicha-*

rra y el de las ranas cuando cantan asin algo lejos, que al pie de las charcas—me ponen moorro, con aquel sonsonete que arman; todo hace vibrar el alma del poeta que percibe, ¡admiraos! los silencios rumorosos de las noches de Julio, y le entra en la médula del alma la intensa melodía del silencio—que en la llanura quieta—parece que descansa,—parece que se acuesta.

Los céfiros sedantes y serenos le traen el perfume de los tomillares, de los encinares y los henos, y le embriaga el olor de las majadas y le producen vértigos deleitosos el perfume del heno que madura y el del trigo que se encera.

Mira con deleite cuanto le rodea, animado o inanimado; el abanico de oro de la simiente que los mozos riegan; aquel pausado y firme posar de las pezuñas gigantesas de los bueyes, de cuyos bezos charolados cuelgan, tenues hilos de baba transparente—que el manso andar no quiebra; la yegua de blondas crines y ancha nalga,—músculos curvos de acero y enjutos remos de galga; los tristes becerrillos que, mugiendo, lamentan el destete en la pradera y la de alegres recentales dulces tropa gentil, que balan plañideros al pie de las dulcísimas ovejas.

¡Con qué amoroso deleite pinta en *Las Repúblicas* la admirable vida y los fecundos afanes de hormigas, abejas y ovejas; y con qué triste melancolía exclama al fin: *Esta vida que vivimos—los que reyes nos decimos—de este mundo engañador—no es la vida sabia y sana;—¡ay! ¡La república humana—me parece la peor!...*

Tan intenso amor a la naturaleza despierta en el alma del poeta la ternura y la compasión: Así en una gélida mañana, ve nacer a un becerrillo que pronto acierta con la fuente de vida de la ubre que la vaca le brinda amorosa; y al par ve que unas mujercas llevan a la casa cuna de la vecina ciudad un niño recién nacido y abandonado, que llora de hambre y de frío; y herido por el horrible contraste, põne esta exclamación en labios del niño: ¡Ay! ¡Ay! ¡Quién fuera choto!

Compasión y sentimientos de justicia hermosísimos inspiran sus poesías «Mi Vaquerillo», «La Jurdana», «Los postres de la merienda», etc., etc. ¡Con qué acentos de humanidad pide para los hijos de los Jurdanos, pan de trigo para el hambre

de sus cuerpos, pan de ideas para el hambre de sus almas. Y su amor a los hombres le produce, en fin, tal hambre y sed de justicia, que llega a exclamar en las últimas estrofas de su magnífico «Canto al Trabajo»: Tiempos aun no venidos—del imperio triunfal de los caídos:—derramad pan honrado y paz bendita,—sobre hogares queridos—que templos son donde el trabajo habita—Tiempos tan esperados—de la justicia que avanzáis armados:—sitiad por hambre y desquiciad las puertas—de alcázares dorados—que no las tengan al trabajo abiertas.—Vida que vive asida,—savia sorbiendo de la ajena vida—duerma en el polvo en criminal sosiego;—rama seca o podrida—perezca por el hacha y por el fuego...

Con tan varias y excepcionales cualidades pudo Gabriel y Galán ser, como lo fué, el Poeta admirable, de labor sorprendente por lo múltiple y variada, cantor excepcional y único de Castilla y Extremadura, de sus gentes humildes y de sus áridos campos; y si la muerte no hubiera cortado en flor su gloriosa carrera, Gabriel y Galán hubiera enriquecido notablemente nuestra literatura, y hubiera llegado a ser uno de los más eximios poetas de lengua española.

Aun así, resiste el parangón con los principales cantores de la vida del campo en nuestra rica lengua. Seguidor de Garcilaso de la Vega, Fr. Luis de León y Meléndez Valdés, pero imbuido especialmente por el segundo, fué nuestro malogrado poeta. Como Garcilaso «tomando ora la espada, ora la pluma», cogiendo ora las herramientas de labrar, ora la pluma, vivió Gabriel y Galán: así dice: «Y para hacer esta canción honrada que el alma me pidiera, he dejado un momento abandonada mi tosca podadera.» Pero mientras Garcilaso y Meléndez Valdés, cantaron la vida del campo, procurando reproducir la arrebatadora impresión de la égloga virgiliana, y llevándonos a través de la eucantada bruma de la Arcadia, que no existió nunca, Gabriel y Galán, sin falsear la realidad de la vida campestre, defecto común a toda la poesía bucólica anterior a él, nos emociona y conmueve haciéndonos sentir los más varios afectos, desde la compasión a la indignación, desde el de la falsía al de la verdad, desde la risa hasta el llanto, con los sutiles rayos del ge-

nio de Fr. Luis de León, que encienden de ordinario de inspiración asombrosa, que convierte en poesía cuanto su mente engendra y cuanto canta, como el Rey Midas transformaba en oro cuanto tocaba.

* Así pudo cantar nuestro Poeta en medio de la naturaleza: *Donde no vive la materia inerte—esa vida que presta al artificio estéril disimulo de la muerte. Viven aquí las cosas porque en su entraña cada cual encierra—la del vivir intimación divina,—que a tí te ha dado jugos, fértil tierra,—y a tí te ha dado savia, vieja encina.... Yo admiro la hermosura,—la soberana esplendidez grandiosa—que angusta ostenta sobre sí Natura;—pero ella es criatura,—no puede ser mi diosa,—y aunque canto postrado de rodillas—delante de sus grandes maravillas,—que son del mundo hechizo,—yo sólo adoro en ella,—la mano soberana que la hizo.—Y ¿quién no besará la mano aquella—que ha sabido crear cosa tan bella?...—¡La mano soberana,—fuente de vida de la raza humana!,—la mano de las grandes maravillas,—la que encierra en minúsculas semillas—gérmenes diminutos,—misterios del amor encantadores,—de donde brotan las hermosas flores,—de donde surgen los sabrosos frutos.*

Así se eleva del mundo de lo material al mundo de lo espiritual; y después de derramar su inmensa ternura cantando a la «Concepción Inmaculada de María», concluye con esta efusiva estrofa: *Flor de las flores, admirable encanto,—Gloria del mundo, celestial hechizo;—Dios no pudo hacer más cuando te hizo;—Yo no sé decir más cuando te canto...*

En conclusión: No negaré que se han señalado defectos de forma a la poesía de Gabriel y Galán. Se ha dicho que hacía versos incorrectos y flojos, y desde luego desiguales. Mas aunque se demostrara el aserto, no por eso dejaría de ser un poeta de exquisito sentimiento, con todas las buenas dotes antes apuntadas. Su Poesía es de creyente, de varón, humana sobre todo y misteriosamente enlazada al destino de su creador. Poesía sincera, *lo que siente no más es lo que canta*, que es el mismo corazón del poeta ofrecido a todos en aras de ardiente amor, de fraternal bondad y *de efusión educadora*. Tiene razón D.^a Emilia Pardo Bazán: *el poeta más grande será siempre*

el que más enteramente se comuniquen. Y la poesía de Gabriel y Galán es de las que atan lazos, reconcilian y funden antagonismos en la comunión de sus temas y en la humanidad de sus acentos. *Su fuerza descriptiva es tan grande que produce la impresión de estar contemplando lo descrito,* y un buen pintor podría, sin más información, reproducirlo plásticamente.

Es su *Poesía tan sencilla y tan inspirada* que, como dijo Zeda, sabe como la abeja encontrar la miel de sus versos en las más humildes florecillas, y de la más ruda y pelada roca hacer brotar con su vara mágica el manantial de agua viva.

En fin; cuando escribe en el dialectal extremeño, *en ese lenguaje vivo que brota de la boca del pueblo, madre tierra de las palabras,* como decía Maragall, *produce verdadera poesía de palabra palpitante de sentido y del misterioso ritmo de su origen divino, que remueve las entrañas, impresionu vivamente y actúa en el lector u oyente, y hace que lo vea todo mejor y que se sienta más humilde, más bueno, más fuerte, más hombre y más ansioso de perfección.* ¿Queréis saber lo que Gabriel y Galán piensa de sí mismo como Poeta. El nos lo dice con admirable modestia. (Tomo II página 292).

Y ya que Gabriel y Galán está en el uso de la palabra, terminaré recitándoos alguna de sus principales composiciones, pues no quiero abusar de vuestra benevolencia, para que, los que no estén convencidos, se convenzan de que en mis elogios no hay hipérbole. Oid primero «*El Ama*» y después «*El Cristu Benditu*», bastantes para acreditar a un altísimo poeta.

(Recitación de estas dos hermosas composiciones.)